OBRAS DE SAN JUAN DE ÁVILA

TOMO IV

LIBRO DEL ESPÍRITU SANTO
y
LIBRO DE LA VIRGEN SANTA MARÍA

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

NIHIL OBSTAT:

VALENTÍN M. SÁNCHEZ RUIZ, S. J.

Censor.

IMPRIMATUR:

CASIMIRO MORCILLO

Vic. general.

Madrid, 3 de julio 1941.

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-685-4
Depósito legal: M. 10.461-2008

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

LIBRO DEL ESPÍRITU SANTO

TRATADO 1.º

Apercibimiento para la venida del Espíritu Santo.

(*Plática en una Iglesia de religiosas.*)

1.—*Preparémonos a recibir al Espíritu Santo.*

No tomo *tema* en esta plática que tengo de hacer, porque nuestro *tema* quiero que no sea otro más que nos apercibamos para ser morada donde el Espíritu Santo se aposente; y que pidamos con mucho ahinco al mismo Espíritu Santo que tenga por bien de venir en nosotros; pedírselo con *tema*. Y no haremos poco si nos apercibimos, como es razón, para recibir tal Huésped.

Habéis de saber, hermanos, que aunque las fiestas de Dios se pasaron cuanto a la historia, pero no se pasaron cuanto a la virtud. Bueno fuera, por cierto, para nosotros si como se pasó el tiempo en que Jesucristo padeció, también se pasara la virtud de su Pasión. ¿Qué fuera de nosotros si, como pasó mil y tantos años ha, ella no durara? Siempre dura la virtud de la Pasión hasta que el mundo se acabe. A propósito de lo de la fiesta del Espíritu Santo, que aunque pasó tantos años ha, has de hacer cuenta que el mismo efecto hará hoy el Espíritu Santo en tu alma, que hiciera en ti en el tiempo de los Apóstoles; mira si lo deseas.

¡Oh quién viera a Jesucristo para pedirle mercedes, cuando andaba en este mundo entre nosotros, padeciendo trabajos! Si cuando en el mundo estaba. echándote tú a sus pies, tienes por cierto que, según es piadoso, según su infinita caridad, no te negara las mercedes que le pidieras, ¿tú, hermano, crees esto? Cree que tan aparejado está el día de hoy, y de tan buena gana te hará las mercedes hoy, estando en el

cielo, como cuando entre nosotros estaba. Y si tú en este tiempo te aparejas para que el Espíritu Santo venga en ti, haz lo que es necesario; y dígote de su parte, que también vendrá a tu ánima dándote su gracia, como cuando a los Apóstoles apareció viviendo en el mundo.

¡Oh qué tiempo éste que hay de aquí a Pascua tan santo! Esta es Semana Santa: *Adviento del Espíritu Santo*: Este santo tiempo significa cuando los Apóstoles, después que nuestro Señor se subió al cielo, estaban esperando la promesa que les hizo, cuando le dijo (*Jn.*, 14): *Yo me voy, pero yo enviaré al Espíritu Santo que os consolará*: y os enviaré al Consolador que os consuele de la pena que tenéis de mi partida. Como ellos oyeron esta palabra, estaban esperando, los ojos puestos en el cielo, qué cosa sería. Decían ellos: «Nuestro Maestro nos dijo que nos enviaría un consolador que nos hiciese olvidar el amor que le teníamos.» Querían los Apóstoles en gran manera a nuestro Señor y Redentor Jesucristo: Él era consuelo de sus tristezas, Padre de sus necesidades, Maestro en sus ignorancias, teníanlo como a espejo en que se miraban: estaban todos colgados, transformados en su Maestro. ¿Que ha de venir otro que sea tan grande, tan poderoso, tan sabio, tan bueno, que nos haga olvidar a nuestro Maestro? ¿Quién será Este? Alzaban sus pensamientos y sus voces al cielo y decían: «Señor, deseamos os, y no os conocemos; querríamos que viniésedes, y no sabemos quién sois. Por vuestra misericordia tengáis por bien de venir y consolar nuestros corazones; VENID, SEÑOR, que estamos muy desconsolados esperando vuestra venida.»

Así estaban los santos Apóstoles del Señor en este santo tiempo; y así, hermanos, es muy gran razón que estemos nosotros, pues somos una cosa con ellos, una Iglesia, y una unión en Jesucristo. Todos aquellos que sirven a Jesucristo, que están en su servicio, todos son una misma cosa, la Iglesia de Dios, y la congregación de los cristianos (*Cant.*, 6): *Una est amica mea, una est columba mea*. Habla Dios con su Iglesia, y dice: *Una eres, amiga mía, una eres, paloma mía*. Pues así también es razón, que en este santo tiempo nos aparejemos y deseemos con los santos Apóstoles la venida del Espíritu Santo. Alcense nuestros corazones al cielo, y pidamos con lágrimas de nuestros ojos, diciendo: *¡Consolador de mi ánima, ven, consué-*

lala! Y en todo este tiempo no hagamos otra cosa que desear que el Espíritu Santo venga a nuestras ánimas.

2.—*Disposiciones para recibirle.*

Lo primero que conviene para que el Espíritu Santo venga a nuestras ánimas, es que sintamos grandemente de Él, y que creamos que puede hacer mucho [bien en nuestros corazones]. Por desconsolada que esté un ánima, basta Él a consolarla; por pobre que esté, a enriquecerla; por tibia que esté, a encenderla; por flaca que esté, a esforzarla; por indevota que esté, a inflamarla en ardentísima devoción. ¿Remedio para que venga el Espíritu Santo? Sentir de Él muy magníficamente. Y así dice hablando de la grandeza del Espíritu Santo (*Eccli.*, 3, 21): *El poder de Dios es muy grande, y de solos los humildes es honrado*

Lo segundo, conviene mucho para que el Espíritu Santo tenga por bien de venir a nuestros corazones, para que no nos deseche y tenga en poco, tener deseo de recibirle y que sea nuestro convidado, un cuidado muy grande, un deseo muy firme y ansioso: ¡Oh si viniese el Espíritu Santo! ¡Oh si viniese aquel Consolador a visitar y consolar mi ánima!

Hágoos saber, hermanos, que impiden mucho los cuidados de lo que cumple a nuestro cuerpo. En esto las personas religiosas nos llevan la ventaja; porque si están en el coro, si están en el refectorio, si en el retraimiento, en todas partes están en el servicio de Dios, empleadas en cosas de su ánima, siempre alabando a Jesucristo, dándole gracias (1 *Cor.*, 10, 31), y si comen, no es para otro fin que para alabar a Dios; y si beben, lo mismo, y lo mismo en todas las operaciones humanas.

3.—*Dificultades del matrimonio.*

Y los casados se atreven a mucho por cierto. Piensa la mujer que se casa que no hay más sino, en amaneciendo Dios, tomar el manto y venirse al sermón, y tomar buen lugar en la Iglesia; y viene su marido a comer, y no halla la comida aderezada, descompónese y ofende a Dios. Más valiera, hermana, que antes que viniérades, dejárades la casa puesta en orden, y cuan-

do esté todo puesto, venir al sermón; aunque vengas un poco tarde no es priesa, que más te aprovechará una palabra, que por ventura todo el sermón, y con todo puedes cumplir; pero ya que no puedas, más vale que hagas lo que Dios te manda, pues te casaste.

No lo decía por esto, sino que se atreven a mucho los que se casan, porque se obligan a mucho, a mantener la casa, a mantener los hijos y hacerlos que sean virtuosos; y la mujer en criarlos, en ponerlos en buenas costumbres. Poco es esto; ¿y el cuidado del ánima, el cuidado de lo que cumple al servicio de Dios? Todo se puede hacer; pero son las cosas del mundo pegajosas y son tan malas de despegar, que por eso se tiene el hombre casado por dificultoso (con tantos cuidados) poder entender en su ánima como se debe. Mira, hermano, cómo vives; mira que no venga a querer tanto el marido a la mujer, que por hacerle regalos a ella, vengas tú o ofender a Dios como Adán: «Quiero mucho a mi mujer, téngola de dar una joya, que aunque sepa hacer lo que no debo (1), se la tengo de dar.» Y tú, mujer, no vengas a poner el amor tanto en tu marido, que por él olvides a Dios, y con el amor que tienes a tu marido olvides de hacer lo que conviene a tu ánima y lo que Dios manda.

¡Oh cuánto cuidado había de tener uno que se casa antes que se case; cuán santo había de ser el hombre, y cuán santa la mujer! Antes que se viniesen a juntar, habían de haber gastado muchos años en servicio de Dios; saber ser castos, ser humildes, ser pacientes, ser misericordiosos, guardar los mandamientos de nuestro Señor, y después casarse, para que aunque después tuviesen muchos cuidados, muchos estorbos, con una ojeada que diesen, una vuelta en su conciencia de las costumbres de antes, quedase todo apaciguado y amansado. Como un señor que tiene un criado tan bien doctrinado, témele tanto, que con sólo que el señor le mire a la cara se ponga el criado como ha de estar para servirle, que aquello sólo basta.

Pero ni el casado sabe qué cosa es ser casado, ni la casada menos sabe qué cosa es serlo; y júntanse, pónenlo entrambos de lodo. Lecciones habíades de tomar muchas. «¿Cómo, Padre, podré cumplir con entrambas cosas, con mi casa y con Dios?» Es cosa muy

(1) *Sepa hacer:* haga; modismo muy usado en América.

dificultosa, dice San Pablo (1 *Cor.*, 7, 33): *El que tiene mujer*, el que es casado, *anda muy* congojoso y *solícito cómo la agradará y contentará, y para esto anda muy cuidadoso en las cosas del mundo, y está repartido. Pero la mujer que no se quiere casar, y la doncella, piensa en las cosas del Señor, para ser santas en el cuerpo y en espíritu.*

4.—*Deseo del Espíritu Santo.*

Señoras monjas, esta fiesta se gaste en pensar cómo agradaré a mi Señor. Así como las desposadas andan con mucho cuidado de andar muy bien tocadas, de no traer nada mal puesto, que aun cuando tienen algo mal puesto, traen consigo un espejo, así las Madres monjas, las Religiosas y doncellas, han de andar muy cuidadosas, cómo no traigan nada deshonesto; han de mirarse en Jesucristo, viéndose como en un espejo, no tengan alguna mancha en la cara, no tengan algún pecado en el ánima, alguna suciedad, porque su Esposo no las deseche.

Estad, hermanos, con mucha atención y cuidado en el servicio de Jesucristo, y en la esperanza de la venida del Espíritu Santo, no entendiendo en cosas rateras ni bajas de por acá; porque la consolación del Espíritu es muy delicada, y poca cosa le hace estorbo, y no se compadece con cosas de acá del mundo. Dice San Bernardo: «Delicada es la consolación divina y muy sutil, y no se da a los que admiten consolaciones humanas. Despéguese toda ánima de consuelo humano si quiere que el Espíritu Santo la consuele y esté siempre con ella. Con mucha razón quiere el Espíritu Santo ser deseado.»

Venid acá: si un hombre no quiere ir a casa de otro, si no sabe que en casa de aquél es deseado, ¿qué hará el Espíritu Santo, que quiere que el hombre que lo quisiere tenga gran deseo, y también quiere que lo deseen? ¡Cuán deseado fué nuestro Redentor antes que viniese al mundo! Deseólo Adán, deseólo Noé, deseólo Abraham, Isaac, Jacob, deseáronle los Profetas y Patriarcas, todos le desearon: «Rociad cielos desde lo alto, y las nubes lluevan; ábrase la tierra y produzca al Salvador» (*Is.*, 64). Decía el Profeta Ageo (2): *De aquí a poco, poco falta, dice el Dios de los ejércitos, yo moveré el cielo, y la mar, y la tierra,*

todo lo moveré, y entonces vendrá el Deseado de todas las gentes, y el ángel del Testamento que vosotros queréis (*Malach.*, 3). Jesucristo en gran manera fué deseado. *¡Pluguiésete,* Señor, *que rompieses los cielos y descendieses a la faz de la tierra!* Jesucristo fué muy deseado en gran manera, y así quiere el Espíritu Santo ser deseado. Porque aquella merced cuadra bien, que antes que venga es bien deseada; y el manjar que por sí es bueno, es mal empleado en quien no tiene gana de comer. Maten una gallina o una perdiz que parece que pone gana de comer. Dice el enfermo a quien se la dan: «Quitadla allá, que tengo perdido el gusto y la gana del comer, que no me sabe bien.» Mala señal en gran manera; no tenéis gana de comer, señal de muerte es.

No vendrá el Espíritu Santo a ti si no tienes hambre de Él, si no tienes deseo de Él. Y los deseos que tienes de Dios, aposentadores son de Dios, y señal es que si tienes deseos de Dios, que presto vendrá a ti. No te canses de desearlo, que aunque te parezca que lo esperas y no viene, y aunque te parezca que lo llamas y no te responde, persevera siempre en el deso y no te faltará. Hermano, ten confianza en Él, que aunque no viene cuando tú le llamas, Él vendrá cuando vea que te cumple. Porque debes, hermano mío, asentar en tu corazón, que si estás desconsolado y llamas al Espíritu Santo y no viene, es porque aun no tienes el deseo que conviene para recibir tal Huésped. Y si no viene, no es porque no quiere venir, no es porque lo tiene olvidado, sino para que perseveres en este deseo, y perseverando hacerte capaz de Él, ensancharte ese corazón, hacer que crezca la confianza, que de su parte te certifico, que nadie lo llama que se salga vacío de su consolación.

¡Y cómo lo dice esto el real Profeta David! (*Ps.*, 21): *El deseo de los pobres no lo menospreció Dios, oyólo el Señor.* ¿Quién es pobre? Pobre es aquel que desconfía de sí mismo, y confía en sólo Dios; pobre es aquel que desconfía de su parecer propio y fuerzas, de su hacienda, de su saber, de su poder; aquel es pobre que conoce su bajeza, su gran poquedad, que conoce ser un gusano, una podredumbre, y pone juntamente con esto su arrimo en sólo Dios, y confía que es tanta su misericordia que no le dejará vacío de su consolación. Los deseos de estos tales oye Dios.

5.—*Preparadle posada.*

Y mira que el Espíritu Santo no sólo se contenta con que estés ocupado en estos deseos; no cumples, hermano, con esto esperando al Espíritu Santo, mas ha de haber obras. ¿Quiéreslo ver? Mira lo que les dijeron a los Apóstoles estando suspensos mirando al cielo, cuando el Señor subió allá. Ellos estaban colgados de Él, estaban todos deseando y esperando al Espíritu Santo; estaban con grande deseo de ver al Espíritu Santo, como su Maestro se lo había alabado; estaban olvidados de sí mismos, mirando a Jesucristo nuestro Señor cuando subió al cielo. Sea Él bendito, que tan cuidadoso es de nuestro bien; que no se contentó con mirar por nosotros y tener tanto cuidado de nuestro bien; pero aun subido al cielo, tuvo tanto cuidado de los suyos, que envió dos ángeles vestidos de vestiduras blancas, y les dijeron (*Act.*, 1): *Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesucristo que visteis ahora subir al cielo, de la misma manera que lo visteis,* con tanta majestad *vendrá otra vez.* Y dijéronles que fuesen al Cenáculo, porque allí había de venir sobre ellos el Espíritu Santo. No has de estar todo el día mirando al cielo: no ha de ser todo el día rezar ni contemplar; anda, hermano mío, al Cenáculo, no estés ocupado y detenido en pensar en la presencia corporal de Cristo.

Ya os he dicho muchas veces, que la causa por que no vino el Espíritu Santo a los Apóstoles estando acá Jesucristo en este mundo, fué porque estaban ellos colgados de la presencia de su Maestro, y estaban contentos con aquello sólo; y aunque la presencia de nuestro Señor era tan santa y buena, pero estorbaba a los Apóstoles de no ser perfectos, y por eso Jesucristo se quiso ir. «Discípulos míos, mucho me queréis, mucho me amáis. Yo sé que conmigo estáis vosotros contentos; pero más os amo yo a vosotros, y para mostraros este amor, quiérome ir, porque viniendo el Espíritu Santo seáis más perfectos, subáis más altos vuestros pensamientos.» ¿No miráis en esto, que la presencia de Jesucristo hacía estorbo en alguna manera a la venida del Espíritu Santo?

Celosísimo es el Espíritu Santo (*Ex.*, 34), no penséis es así como quiera. *Ego sum Dominus tuus* dijo Dios a Moisés; para darte a ti a entender, her-

mano, que tienes puesto tu amor en el confesor, aunque bueno, y en el predicador que te da buenos consejos y consuelos, tienes puestos los ojos en él; no vendrá el Espíritu Santo hasta que quites el amor demasiado de las criaturas. El Espíritu Santo a solas quiere estar contigo.

«¡Oh Padre, que es un santo, y me guía por el camino de Dios, y me esfuerza en los trabajos!»

Más santo era Jesucristo, y aun le hizo estorbo al Espíritu Santo. El siervo de Dios, el confesor y el predicador, no te han de ser estorbo para el Espíritu Santo; hate de ser una escalera para que tú subas a Dios. El amor—aunque no sea malo—demasiado, estorba; no te haría daño si tú supieses usar de él; lo que amares en el confesor y en el predicador, sea por Dios y en Dios.

—¿En qué veré, Padre, cuándo es amor de Dios?

—Cuando mucho quieres a uno, si cuando te lo quita Dios de delante, o permite que se aparte de ti, si entonces no pudiere tanto el amor, que te perturbe el servicio de Dios, quiero decir, que no sientas tanto la partida, que te desasosiegue el corazón, y te lo traiga alborotado, de arte, que te quite tus buenos ejercicios; si esto no hay, de Dios es el amor. Una poquita de pena, cosa natural es; pero mucha, ésa no es buena. Si estas moticas hacen estorbo al Espíritu Santo, ¿qué harán los malos pensamientos deshonestos, las palabras demasiadas, y otras cosas a este modo?

¿En qué estamos? ¿Qué es menester para que el Espíritu Santo venga a nuestras ánimas? No sólo lo hemos de desear, pero hemos de aderezar la casa limpia. Y si esto hacéis cuando os ha de venir un huésped a vuestra casa, ¿cuánta más razón es que esté vuestra ánima limpia, que no tengáis malos pensamientos, ni malas palabras, ni malas obras, y que estéis adornados de las virtudes, porque el Huésped que esperáis es limpísimo en gran manera?

6.—*Preparadle comida.*

Mirad que más es menester que llamar al Espíritu Santo, y más es menester que aderezar la posada; es necesario que aderecéis la comida. Habéis de echar mano a la bolsa, no os ha de doler el gastar mucho

habéis de ser largo y muy liberal. Cuando tenéis un huésped, no os duele de comprar sólo lo que a él le basta, pero aun compráis para que sobre. Así es menester, hermano; esperáis a este santísimo Huésped; pues Él es tan liberalísimo para con vos, sedlo vos para con Él; echad mano a la bolsa, y no deis poquedades, dad larga limosna, dad de comer al hambriento, vestid al huérfano y a la viuda, haced oficio de padre con todos los necesitados. Mira tú que eres padre de pobres y consuelo de desconsolados. Bien hacía este oficio el santo Job, cuando decía (31): *Si comí yo, Señor, mi bocado a solas.* Y en otra parte decía: *Que era él pie al cojo, y mano al manco.*

Dale de comer al Espíritu Santo, y dale a comer tu corazón; que carne come; pero mira que es carne mortificada lo que come. ¿Qué cosa sería si le pusieses a tu convidado una ave viva? «¿Cómo?», te diría: «Quita allá, que esa ave no es para comer.» Sube ese corazón al cielo muchas veces, y suplícale te lo abrase con fuego de amor. Muerta ha de estar tu carne y manida, castigada y mortificada, adornada con ayunos y disciplinas; has de estar muerto al mundo, has de tener tu corazón guardado, en Dios tus pensamientos y deseos levantados. Hazte con estos pensamientos y ejercicios un águila caudal; no descanses hasta topar con este Santo Espíritu; no te asientes, ni pongas tus pensamientos en cosas muertas ni bajas. Mira lo que hizo la paloma que echaron del arca de Noé; echáronla fuera, fué volando, y cuando salió, ya había cesado el diluvio: había en la tierra muchos cuerpos muertos y no se quiso sentar sobre ninguno de ellos, ni descansó entre ellos, sino subióse a una oliva, cogió un ramito con el pico y volvióse con él al Arca. Así ha de hacer el ánima del cristiano, no asentarse sobre ningún cuerpo muerto, ni tus pensamientos han de estar en cosas muertas, ni perecederas, ni hediondas, mas han de estar en el cielo puestos; adonde está tu tesoro Jesucristo, allí esté todo tu corazón, y particularmente en esta fiesta.

7.—*Recogimiento.*

Está esta semana muy recogido para recibir el Espíritu Santo. Está con cuidado, mira aquellos criados que estaban esperando a su señor cuando viniese de

las bodas. No seas como aquellas vírgenes locas y necias; no estés dormido ni emborrachado en cosas de este mundo; mas imita a las vírgenes prudentes en el cuidado y ornato, y en tener aceite de misericordia para ti primero, teniendo mucha cuenta con tu ánima y reformación de tu corazón. Busca estos días el rincón y guárdalo. Mira a la benditísima Virgen y a los santos Apóstoles recogidos en el Cenáculo. ¿Qué harían? ¡Qué lágrimas tendrían acordándose de la Pasión de Jesucristo, acordándose de su ausencia! ¡Qué suspiros enviarían al cielo, deseando este Santo Espíritu consolador y reparador suyo! Ten todos sus deseos corregidos, los ojos mortificados y bajos, no miren alguna cosa que después tengan que llorar; porque si el ojo mira, el ojo llora. Vió David una negra vista, que más le valiera estar ciego, que no ver lo que vió; porque si el ojo se deleitó en mirar, bien lloró después, y tanto, que dicen que tenía David hechos surcos en la cara del correr de las lágrimas.

8.—*Eficacia de su venida.*

Y es menester celebrar esta Pascua de esta manera con mucho cuidado, pues lo que esperamos es tanto. ¿Sabéis, hermano, qué tiempo es éste? ¿Y qué pierdes si el Espíritu Santo no viene a morar a tu casa? Que ni la Encarnación de Jesucristo, que es la principal fiesta de todo el año, ni su santo Nacimiento, ni su Pasión, ni Redención, ni su Resurrección y subir al cielo te aprovechará nada, si de esta fiesta no gozas; todo aquello que Jesucristo ganó, pierdes si esto pierdes. Aunque es verdad que con la muerte de Jesucristo se abrió el cielo y se cerró el infierno, ¿pero qué te aprovechará si no recibes al Espíritu Santo? Sin gracia de Dios, mira qué te puede aprovechar lo demás; y si al Espíritu Santo recibes en tu corazón, todo te aprovechará y dará consuelo.

Este solo Espíritu Santo bastará a consolarte y dar esfuerzo a tu flaqueza, a dar alegría a tu tristeza. ¡Y cómo lo sabe Él hacer! Yo supe de uno a quien el Espíritu Santo se le quiso comunicar tantico, y como loco, salió dando voces por las calles (2). ¿Queréislo

---

(2) ¿Sería su discípulo San Juan de Dios?

ver? Miradlo por los Apóstoles, que antes que el Espíritu Santo viniese, estaban tan acobardados, tan medrosos, que no osaban salir, sino tenían la puerta del Cenáculo cerrada. Así como el Espíritu Santo vino en ellos, abren las puertas de par en par, salen por esas plazas y comienzan a predicar a Jesucristo.

Decía San Atanasio—un gran Santo, que escribió contra la herejía de los arrianos—. Este Santo, pensando los escrúpulos que algunos tenían: «Si soy bautizado, si no soy bautizado», dice él: «¿Sabes en qué lo verás? Si, como la mujer que está encinta (3) siente bullir la criatura, sientes tú bullir el Espíritu Santo.»

—Pues, Padre, yo soy hombre. Yo no soy casada. No sé qué es bullir la criatura, ¿cómo lo sentiré?

—Esta señal te doy, hermano: cuando sintieres en tu corazón un fuego encendido de caridad, un amor firme en Dios, que el Espíritu Santo fuego es: si sintieres dar saltos de cara arriba dentro de ti.

—¿Cómo es eso, Padre?

—El mismo Jesucristo lo dijo por San Juan, hablando con la Samaritana: «Quien bebiere del agua que yo tengo.»

—¿Qué condición tiene esa agua, Señor?

—*Harásele*—dice nuestro Redentor—*una fuente de agua viva que salte hasta la vida eterna.*» Ves aquí la señal que dió Cristo para saber cuándo ha venido el Espíritu Santo a ti: que el Espíritu Santo tiene esta condición, que no puede estar encubierto, y Él mismo da testimonio, si tienes ahora a Jesucristo. Que dice Él en el Evangelio que se dice en la Misa (*Jn.*, 14): «*Cuando el Paráclito viniere,* cuando el Espíritu Santo viniere, *el Espíritu de verdad, que procede de mi Padre, ése dará testimonio de Mí, ése os enseñará de Mí.*» Que quiere decir, que os consolará, alumbrará, recreará y encaminará.

9.—*El Consolador.*

El Espíritu Santo es Consolador, hermanos. ¡Cómo sabrá consolar, pues por su grandeza se llama así, *Consolador!* ¿Qué es lo que buscamos en esta vida? ¿Tras qué andamos? Toda la vida trabajamos, no para

(3) El autor dice *preñada.*

otra cosa sino para buscar tantico consuelo, tantico contento. Pues ¿por qué no trabajamos por tener [en] nosotros un Consolador que nos consuele y que enriquezca nuestra pobreza? ¡Oh si os pudiese yo pegar la devoción con el Espíritu Santo! Pégueosla Él por su infinita misericordia.

Cuando estuvieres triste, ten por cierto que el Espíritu Santo te consolará de esa tristeza, si lo tienes en tu ánima. Dice el Apóstol San Pablo (2 *Cor.*, 7, 6-7): Porque si alguno pensare quién es bastante a consolar una tristeza que tengo, un desmayo, ¿quién me favorecerá? Hay *pelea de fuera*, y *de dentro* grandisimos *temores. Pero aquel que tiene por costumbre de consolar a los que son humildes, nos ha consolado.*

El oficio del Espíritu Santo es consolar a los que están atribulados. Pregonado está este Consolador en toda la Iglesia de Jesucristo nuestro Señor; pregonado y publicado está por Consolador de nuestros trabajos. El enfermo busca médico para sus enfermedades; el pleiteante busca buen abogado que le ayude, y va al juez y dícele: «Sentenciad por mí.» Pues que todos estamos tristes, tenemos necesidad de acudir a quien nos consuele nuestra tristeza. Todos estamos tristes, los malos por pecados que hemos hecho; a los justos también les pesa de sus pecados; y tienen grandísima tristeza, si han de ofender a Dios, si han de perder a Dios. Todos estamos tristes, todos hemos menester un consuelo. El Espíritu Santo tiene por oficio de consolar a todos; pidámosle tenga por bien de venir a nuestros corazones y consolarnos.

10.—*Vendrá por los méritos de Cristo.*

Dirá alguna ánima que se ve tan acorralada y tan medrosa, que hubiere cometido tantos pecados: «Padre, ese Espíritu Santo que decís es Dios, es un Dios Todopoderoso, Dios terrible; yo soy un gusano, una hormiga; ¿cómo querrá venir ese Espíritu Santo a mi posada tan mal aderezada? Temo que no querrá venir.»

Si miras a ti, razón tienes por cierto que no querrá venir el Espíritu Santo; ¿pero sabes qué has de hacer? Poner en medio de ti y de Él a Jesucristo y a sus merecimientos; y viendo el Espíritu Santo lo que Je-

sucristo pasó por ti, por amor de Él, luego vendrá. Después que uno se desconsoló porque tú te consolases; después que uno se entristeció porque tú te alegrases; después que uno sufrió cansancio porque tú descansases; después que uno murió porque tú vivieses, no tienes que temer, si sabes llorar tus pecados y hacer digna penitencia. ¡Bendito sea Jesucristo, y los ángeles lo bendigan, amén!

Dice nuestro Redentor (*Ps.*, 3): *Busqué quien me consolase y no lo hallé, y diéronme en manjar hiel, y cuando había sed diéronme a beber vinagre.* No halló nuestro Redentor quien lo consolase; estuvo nuestro Redentor muy lleno de tristeza, muy desconsolado; no halló consuelo ninguno; estaba con tantas tristezas de dentro y de fuera, que dijo Él mismo (*Mt.*, 26): *Tristis est anima mea usque ad mortem.* Quiere decir, que nuestro Redentor tenía tristeza de muerte. No decimos la parte superior del ánima, que ésa gozaba de Dios. No hablo sino de la parte sensitiva; en aquella parte estaba desconsoladísimo en gran manera. ¡Qué de cansancios, qué de hambre, qué de sed, qué de sudor por esos caminos! Y cuando ya se llegó el tiempo de padecer, había tanto dolor en pensarlo, que decía (*Mt.*, 26): *Padre, si posible es, no beba yo este cáliz, esta copa de amargura.* También dijo Cristo nuestro Redentor en la parte sensitiva, viendo que Dios le dejaba padecer y viendo los tormentos que pasaba (*Mt.*, 27, 46): *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Fué tanto, hermanos míos, lo mucho que nuestro Señor pasó; fueron tantos los tormentos que pasó, los azotes, corona de espinas, las bofetadas que en su divino rostro le dieron, que dice Él mismo (*Thren.*, 1): *O vos omnes qui transitis per viam.* «Todos los que pasáis por el camino, todos los que vivís en el mundo, mirad si hay dolor como el mío.» ¡Bendito seáis Vos, Redentor mío, por siempre!

¿Qué es la causa de tantos dolores? Señor, los dolores, los tormentos, ¿no son pena de los pecados y castigo de los malos? A los que mal hacen les conviene el castigo. Vos, Señor mío, ¿qué mal fué el que hicisteis, que tantos tormentos pasasteis? ¿Por qué tantos dolores?

Dice nuestro Redentor Jesucristo: «¿Qué deben éstos?» «Señor, muchos pecados han hecho.» «Pues quiero—dice Cristo—caiga sobre Mí el castigo, porque caiga el descanso del cielo encima de ellos; la tristeza

caiga en Mí, porque la alegría caiga sobre ellos. Quiero que me den hiel a Mí, porque les den a ellos miel; denme a Mí tormentos, porque den a ellos descanso; denme a Mí la muerte, porque a ellos les den la vida.»

Ten, pues, hermano, confianza en estos merecimientos que Jesucristo tuvo. No pienses que es voz muda la que tienes en el cielo en tu defensa; los merecimientos de Jesucristo están allá abogando por ti. Ni tampoco es voz muda, si alegas para que el Espíritu Santo venga. No desconfíes, que si los merecimientos de Jesucristo tú das por ellos, te darán al Espíritu Santo. Tanto vale lo que das como lo que te dan. Si te dan a Dios, a Dios das, y aunque por la parte que es Dios, Jesucristo nuestro Redentor no padeció, pero en fin se dice haber padecido aquel que era Dios. Y por la hiel que Él bebió, estando puesto en la cruz, te darán a ti la miel del Espíritu Santo.

Llamarán tus pensamientos, palabras y obras al Espíritu Santo, que Él sobrevendrá en ti, sin que tú sepas cómo ni en qué manera, sin que lo sientas ni sepas por qué parte entró, y hallarlo has dentro en tu corazón aposentado; hallarás dentro de tu ánima una alegría grande, un regocijo tan admirable y tan lleno, que te hará salir de ti. Decía el santo rey David (*Ps.*, 50): *Darás, Señor, gozo y alegría a mi oreja, y gozarse han los huesos humillados.* El corazón que estaba triste, el ánima que estaba muy congojada, recibirá alegría y gozarse ha; oirás al Espíritu Santo que te hablará en tu oreja, y te mostrará todo lo que debes hacer.

El mismo que tiene por oficio consolar, ése mismo tiene por oficio exhortar; y el mismo que te consuela, ése mismo te reprende: «¡Oh hombre cobarde, de poco ánimo, no quieras temer como niño, ten esfuerzo de varón!» El mismo Espíritu Santo que te viene a consolar, ése mismo te reprenderá, para quitar aquello que impide tu consuelo. *Paracletus,* quiere decir *Consolador.*

Y pues ves, hermano, que por los merecimientos de Jesucristo se da el Espíritu Santo, no ceses de pedirlo, no dejes de desearlo con gran deseo, sintiendo de Él que vendrá a tu ánima, y será tanto consuelo para ti que nadie bastará quitártelo. Apareja tu posada, apareja la comida para este huésped, pues tan bien la merece y tantas obligaciones le tienes; hagamos muchas limosnas a los pobres; hagamos misericordia

a nuestros prójimos; abstengámonos de todo pecado y de toda falta en esta Semana Santa; tengamos nuestros sentidos muy sujetos, y todos estemos con verdadera confianza, que por su misericordia vendrá en fuego de amor, fortalecerá nuestros corazones y darnos ha sus dones.

TRATADO 2.º

El Espíritu de Cristo (1).

Cum venerit Paracletus, quem ego mittam vobis a Patre.

Cuando viniere el Consolador, el cual os enviaré del Padre.

(Jn., 15.)

1.—*Salutación.*

Todos *buscan sus cosas, no las cosas de Jesucristo,* dice el Apóstol San Pablo (*Fil.*, 3), quejándose de las costumbres de los hombres. Todos buscan lo que les cumple, y no lo que le cumple a Jesucristo. Y hablando de Jesucristo, dice el mismo Apóstol (*Rom.*, 15). *Etenim Christus non sibi placuit, sed sicut scriptum est, improperia improperantium tibi ceciderunt super me.* Todos buscan lo que les cumple a ellos, y no lo que toca a Jesucristo; mas Jesucristo, olvidado de lo que le cumple a Él por acordarse de lo que nos cumple a nosotros, *non sibi placuit,* no escogió vida a contentamiento de lo exterior, antes muchas veces se cansó por esos caminos. derramó muchas lágrimas, padeció muchos denuestos, y finalmente, padeció la muerte, para que entiendan los hombres que pudiendo vivir descansadamente, olvidaba su descanso por dar descanso a los hombres.

Señor, si fuérades como nosotros, ¡cuán mal nos fuera! ¿Cuántas veces os habrá acontecido andar tras de nuestro Señor, demandándole alguna merced, im-

---

(1) El Espíritu Santo se llama «Espíritu de Cristo», porque «procede de El en cuanto Dios y porque mora en El en cuanto hombre». (Avila, pág. 575.)

portunándole con oraciones, con lágrimas, con limosnas, con disciplinas; y después que os lo ha dado, vos como mal pagador os olvidáis de Dios? En la adversidad vais a Él, y en la prosperidad os olvidáis del Señor. Mal hecho es. Si Él fuera como nosotros, ¿qué fuera de nosotros? Ya está en los cielos, ya no le falta nada para su descanso; si estando en su prosperidad nos olvidara, ¿qué fuera de nosotros? Sea su misericordia bendita. *Fué Jesucristo al cielo*—dice San Pablo (*Hebr.*, 9, 24)—*a parecer delante el acatamiento del Padre,* para ofrecerle su Pasión (*Rom.*, 8, 34) y ser nuestro abogado.

Por parte de Jesucristo bien libraremos, que recibiremos el Espíritu Santo. Señora, ¿y por vuestra parte libraremos bien? Raquel dos hijos tuvo; la Virgen benditísima dos hijos tiene, uno natural y otro adoptivo; el Hijo natural ya está en el cielo, ya está reinando; en cobro está, no tiene que pedir para Él. Resta que a los que somos hijos adoptivos nos alcancéis gracia, y los dones que son necesarios para ir donde está el natural.

2.—*El Espíritu Santo predicado por Cristo.*

Cum venerit Paracletus, etc. Estamos en Pascua del Espíritu Santo: el Espíritu Santo venga en vuestros corazones, para que tengáis buenas Pascuas.

Dice Jesucristo por San Juan: *Cuando viniere el Consolador que yo os enviaré de parte del Padre, que es Espíritu de verdad, Él dará testimonio de Mí, y vosotros lo daréis también, porque* habéis sido testigos de vista, y que *desde que comencé a predicar me habéis conversado.* Aparejaos, que grandes trabajos os vendrán; echaros han de las iglesias y perseguiros han; y un solo descanso que podéis tener, que es descansar algún día que os dejasen de perseguir, aun éste os faltará, porque nunca cesarán, haciendo cuenta que en perseguiros y mataros hacen servicio a Dios. Consolaos con que es gente ignorante, que no conocen al Padre ni a Mí, y que os persiguen sin merecerlo por amor de Mí. Dígooslo antes que venga, porque cuando viniere la hora os acordéis que os dije lo próspero y lo adverso que os había de venir, y hallaréisme verdadero en lo uno y en lo otro.»

Cuando viniere el Consolador, etc. El Señor, ya os

he dicho algunas veces, que si dejásemos a su corazón hacer lo que quiere por nosotros, todo sería hacernos misericordia, porque a Él propio es el hacer misericordia; si castiga, como forzado castiga, y fuera de su condición (*Thren.*, 3, 33): *Non enim humiliavit ex corde suo, et abjecit filios hominum.* Cuando abate Dios a uno, no lo hace de corazón, sino como forzado; como padre que ve a su hijo ser malo, castígalo con amor, y el hijo hace que le castigue. «Dios dulce es de naturaleza—dice San Jerónimo—, mas nosotros le hacemos que nos castigue.» De aquí viene que cuando castiga, luego busca el consuelo: *Quoniam abjecit, et miserebitur secundum multitudinem misericordiarum suarum.*

¡Qué desconsuelo recibieron los Apóstoles cuando les dijo que se quería ir! (*Jn.*, 16): *Quia haec dixi vobis, tristitia implevit cor vestrum.* Amaban tanto a Jesucristo, que no tenían paciencia para oír decir: «Voime.» Pues sois tan amigo de dar consuelo, ¿qué consuelo daréis a éstos que tan desconsolados están por amor de Vos?

Dos consuelos les da: el uno (*Jn.*, 14, 28): *Si diligeretis me, gauderetis utique.* No pospongáis mi bien a vuestro contentamiento. Si me amásedes, os gozaríades porque me voy a reinar. Y porque este consuelo es de perfectos, que vivan en trabajos y tomen por consuelo que la voluntad de Dios se cumpla en ellos, dales otro consuelo que toca al provecho de ellos: «Tristes estáis porque me voy; pues yo os digo *que os cumple que yo me vaya.*» Mirad qué palabra, que es menester grandísima fe para creerla: «Yo os digo en verdad, que os conviene mi ida. Paréceos a vosotros que, yéndome yo, quedáis desamparados, y que los judíos y todos los hombres os han de perseguir. ¿Pensáis que quedáis como niños, que en apartándose la madre de ellos, los ha de comer el lobo?»

Señor, si dijérades que os cumplía a Vos, fuera bien; mas que nos cumpla a nosotros, ¿cómo es posible? *Si enim non abiero, Paracletus non veniet ad vos.* «Cúmpleos que me vaya, porque si no me fuere, el Consolador no vendrá a vosotros; y si me fuere, enviároslo he; por eso os cumple que me vaya.»

—Señor, ¿consolador por consolador, Vos no sois buen Consolador?

¡Qué hacía el Señor de decirles bienes de este Consolador, para que con su venida templasen la pena que

recibían de su ida! Enviaros he uno que ha por nombre *Consolador*; uno que os enseñará, no solamente las cosas presentes, mas aun las por venir; uno que os dirá quién Yo soy, que aun no me conocéis bien; uno que sea Espíritu, que allá dentro de vosotros os enseñe, que ni sea menester orejas para oírle, ni ojos para verle; uno que nunca os dejará, sino que estará con vosotros cuando comáis y cuando durmáis, cuando estéis en la iglesia y cuando estéis en casa; uno que será tan vuestro compañero, que nunca se apartará de vosotros. Tened ahora por bien mi ida, porque venga a vosotros este Enseñador. Todo lo que Yo os he hablado Él os lo declarará, Él será vuestro Maestro, vuestro Ayo, vuestro Consolador, para que os consoléis con Él; tened por bien que Yo me vaya.»

Grande es la dignidad del Espíritu Santo, que tuvo por predicador al mismo Jesucristo. ¿Quién predicó de Jesucristo? El Espíritu Santo por boca de los Profetas; mas al Espíritu Santo el mismo Jesucristo Dios y Hombre lo predicó por su propia boca, y dijo tantos bienes de Él porque los Apóstoles tuviesen paciencia de su ida.

—Señor, consolador por consolador, ¿no os quedaréis Vos? Contentos estamos con Vos; no hay pena que con veros no se nos quite; ¡quedaos Vos con nosotros, Señor!

No tenéis razón. Aquella humanidad de Jesucristo que veían no era tan buena como el Espíritu Santo: porque la humanidad era cosa criada, y el Espíritu Santo era Dios. La divinidad de Jesucristo no se iba, como no descendió del cielo. La divinidad tampoco subió ahora al cielo; lo que se ausentaba era el ánima y el cuerpo, y éste menor era que el Espíritu Santo. Pues no tenéis razón de decir que no se vaya para que venga Él. «Cuando este Enseñador venga, Él os dirá quién Yo soy; y cuando le hubiéredes conocido, daréis por bien empleada mi ida por haberle conocido.»

3.—*Quien no tiene al Espíritu Santo no es de Cristo.*

Henos aquí metidos donde yo deseaba. Tenga cada uno el gusto que quisiere; el mío harto ruin es por cierto; mas uno de los tiempos en que mi ánima está más consolada, y en que mayores mercedes espera recibir de Dios, es esta semana antes de Pascua. Lla-

madla por nombre *Semana Santa*. Por reverencia de Dios que me hagáis esta merced, y a Dios este servicio, y a vuestra ánima tan gran bien, que si en otro tiempo habéis sido los que no debíades, esta semana sirváis a Dios muy de veras; y yo os doy palabra de parte de Dios, en cuyo lugar estoy, aunque indigno, que Él os pagará el servicio que le hiciéredes. Quien de esta semana tiene parte, en todas las otras fiestas de Jesucristo la tiene; y quien de esta semana no tiene parte, ni tiene parte en su nacimiento, ni en su ayuno, ni en su oración, ni en sus azotes, ni en su muerte, ni en su Resurrección, ni en su Ascensión; no tiene parte en cuanto ha hecho ni hará, si no tiene parte en esta semana.

¿Paréceos que es de tener en mucho esta fiesta? Porque los hombres tuvieran parte en esta fiesta hizo Jesucristo nuestro Dios todo esotro que hizo: *Ut divinitatis suae tribueret nos esse participes* (2). Así lo canta la Iglesia estos días. ¿Qué es *participar de su divinidad?* Es celebrar bien esta Pascua, recibir el Espíritu Santo, que es el mismo Dios; para eso trabajó Jesucristo tanto, para que gocemos de esta santa fiesta. ¿Y qué fiesta es ésta? Fiesta del Espíritu Santo, y ¡ay de aquel que no tuviere el Espíritu Santo!

¿No me pasaré yo con vivir en mi carne, o a lo menos con vivir en mi espíritu? «No (dice San Pablo) (*Rom.*, 8, 9): *Vos autem in carne non estis, sed in spiritu. Si quis Spiritum Christi non habet, hic non est ejus.* No desmaye nadie. «Vosotros—dice San Pablo—no vivís en carne, no vivís por vuestro juicio, no os regís por vuestra voluntad y apetito.» ¡Quién fuera tan dichoso predicador, que os dijera con verdad: «No vivís en carne, sino en espíritu»: *Si tamen, o si quidem,* como dice otra letra: *Si quidem Spiritus Dei habitat in vobis;* porque ciertamente el Espíritu de Dios mora con vosotros!

Porque entendáis que vuestra bienaventuranza es tener por huésped al Espíritu Santo, sabed que si alguno no tiene espíritu verdadero de Cristo, este tal no es de Cristo. Otra vez era menester decir, y otras mil veces: ¿Si no es de Cristo, cúyo será?

Todas mis riquezas, Rey mío, están en ser de Vos: con esta condición da Dios las riquezas al cristiano.

---

(2) Prefacio de la Ascensión, en cuya infraoctava se predicó este Sermón.

con que él sea de Dios (1 *Cor.*, 3, 22): *Omnia vestra sunt: sive Paulus, sive Apollo, sive Cephas, sive mundus, sive vita, sive mors, sive presentia, sive futura, omnia enim vestra sunt; vos autem Christi, Christus autem Dei.* No os llaméis pobres, que todas las cosas son vuestras; Pablo es vuestro, porque trabaja y padece por vosotros; Cefas, que quiere decir Pedro, es vuestro, porque también suda él, y revienta hecho esclavo. Apolo también; el otro predicador es vuestro, pues os predica; la vida es vuestra, pues la vivís para Dios; la muerte es vuestra, pues por la muerte pasáis a Dios; lo presente, lo por venir vuestro es, porque de lo presente, si usáis de ello como Dios quiere, lo por venir guardado os está: todas las cosas son vuestras, y vosotros de Cristo. De manera, que con esta condición son vuestras todas las cosas, con que vos seáis de Cristo. Si no fuéredes de Cristo, ¿cúyo seréis? (*Jn.*, 3, 36): *Qui incredulus est Filio, non videbit vitam; sed ira Dei manet super eum*; el que es incrédulo al Hijo de Dios, el que no está bien con Él, la ira de Dios queda en él.

En Adán comenzó la ira, y en Adán nacemos todos *hijos de ira*; en Jesucristo comenzó la gracia, y todos los que no estuvieren ingeridos en Jesucristo, la ira de Dios quedará sobre ellos. En Adán es el pecado, en Jesucristo es la justicia; en Adán la desgracia, en Jesucristo la gracia; en Adán el infierno, en Jesucristo el cielo. Si no eres de Cristo, si no estás bien con Cristo, la ira de Dios es sobre ti (*Eccli.*, 5, 7): *In peccatores respicit ira illius*: La justicia de Dios está mirando contra los pecadores. En cometiendo un hombre un pecado mortal, luego muere a Dios, y pone Dios los ojos en él airados. ¿Quién tendrá la mano a Dios? ¿Quién te defenderá de Él? (*Ps.*, 90). *Scapulis suis obumbrabit tibi.* —¿Quién te hará sombra, y te guardará del sol tan recio como la ira de Dios? —*Scapulis suis obumbrabit tibi.* —¿Quién te librará de Dios airado? Dios manso. ¿Quién te defenderá de Dios riguroso? Dios Cordero. Envió Dios a su Hijo para que su disciplina y castigo cayese sobre el que no debía nada, y el culpado quedase libre; para que con sus espaldas te hiciese sombra, y la justicia de Dios no te abrasase. Ponte detrás de Él, que en Él dió el ardor del sol, y sobre Él descargó la ira de Dios, y detrás de Él hay sombra; allí hallarás refrigerio.

Si no estuviere en Él ¿qué será de mí? Si el sarmiento no permaneciere en la vid, no escapará del fuego; y si tú no estuvieres en Jesucristo, no escaparás del infierno (*Jn.*, 3). *Nadie sube al cielo sino Jesucristo, que descendió del cielo.* Nadie entrará en la gloria sino el gracioso, el amado del Padre; y nadie es gracioso, ni amado, sino en Jesucristo. Quien no está arrimado a Jesucristo, condenado será para siempre.

Quien no tiene espíritu de Cristo, no es de Él; ¡ay de él! Quítame, Señor, cuanto hay en el cielo y en la tierra, y no me quites ser tuyo. Si tuyo soy, mandarme ha tu bondad, mandarme ha tu humildad, mandarme ha tu mansedumbre. Si no soy tuyo, mandarme ha la ira, mandarme ha la carnalidad, mandarme ha la pasión. Mirad, ¡qué señores éstos para regiros, pues ellos mismos son pasiones! ¡Mirad, cómo mandarán sin pasión!

No hay palabra tan áspera como ésta: *Qui non habet Spiritum Christi, hic non est ejus. Conterriti enim sunt in Syon peccatores; possedit tremor hypocritas* (*Is.*, 33). Mirad que tengo de hablar hoy con vuestros corazones, y he de poner por testigos a vosotros mismos. *Espantado se han los pecadores en Sión, temblor ha tomado a los hipócritas.* ¿De qué? *Quia qui non habet Spiritum Christi, hic non est ejus.* ¡Oh qué recia palabra! Mirad que no os desmayéis, no os desmayéis tan aína.

4.—*Necesario es tener el Espíritu de Cristo.*

No basta, hombre, que vivas en carne, ni basta que vivas en espíritu tuyo. No pienses que basta echar mano a la bolsa y dar limosna, si no lo haces en espíritu de Dios. Dios es Espíritu, y ama a su semejante; quiere que le adores y sirvas en espíritu. Si dentro no hay espíritu limosnero, no aprovecha dar limosna acá fuera. ¿Qué te aprovecha pasar y pasar cuentas, si dentro no ora el espíritu? *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me* (*Is.*, 29). ¿Qué sirve la sobrepelliz blanca—que significa la castidad—, si ni el espíritu ni el cuerpo tienen castidad? ¿Qué aprovecha tener las rodillas hincadas, y el alma tiesa y que no quiere humillarse a

obedecer los santos mandamientos de Dios? Menester es que le sirvan en lo de fuera y en lo de dentro.

¿Contentarse ha con eso, con que le sirvamos con el cuerpo y con el espíritu? No.—No desmaye nadie, yo os diré cuando desmayéis.—*Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo.* No te basta tu propio espíritu.

«No lo entiendo: Declaradlo.»

Que me place. No basta que un hombre viva conforme a su razón, y que tenga las pasiones refrenadas y regladas por su espíritu; no. San Juan (1, 12): *Dedit eis potestatem filios Dei fieri his, qui credunt in nomine ejus: qui non ex sanguinibus, nec ex voluntate carnis, nec ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.* ¡Oh qué bien lo habéis dicho, Aguila de Dios! Los que son hijos de Dios nacen, no de hombres, *no de sangre, no de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.* No basta, para ser hijo de Dios y subir al cielo, que haya nacido de sangre; nada sirve que seáis hijo de conde, ni de duque, ni que seáis de sangre de rey. Poco es eso. El mayor serafín que está en el cielo, si no tuviese el Espíritu de Cristo, no sería bienaventurado. No se da el cielo por linaje, *non ex sanguinibus; nec ex voluntate carnis;* no nacen de voluntad conforme a lo que quiere su carne; no nacen con voluntad afectada a la carne. Y si nace con voluntad afectada a razón, ése en la Escritura se llama varón; que quien vive conforme a la carne, no merece nombre de varón. No basta nada de eso para poseer el cielo, no basta ser hombre sólo (*Jn.*, 3): *Quod enim natum est ex carne, caro est.*

Nemo ascendit in coelum, nisi quid descendit de coelo, filius hominis. No basta que seas hombre, menester es que estés *en Cristo*, para que en Él subas al cielo. Si solamente eres hombre, heredarás a tu padre, mas no heredarás a Dios. No nacen de ahí los que han de subir al cielo: *Sed ex Deo nati sunt;* de Dios han de nacer.

¿Declarádmelo?

Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei. Aquel es hijo verdadero de Dios, que hubiere renacido de agua y de Espíritu Santo; y si no, no entrará en el cielo. Esto es lo que dijo San Pablo: *El que no tiene espíritu de Dios, éste no es de Dios*; no teniéndolo, no serás hijo de Dios, ni te salvarás.

—Recia cosa es.

—Esperad un poco, pues que aun no he acabado.

Cuántos estáis aquí a quien esta doctrina parecerá tan nueva como si no fuérades cristianos, y después de haber probado que lo dice Jesucristo, vais a vuestras casas dudando que si es verdad lo que se hubiere dicho. *Clama*—dijo Dios a Isaías (40)—: *Omnis caro foenum, et omnis gloria ejus quasi flos agri: exsiccatum est foenum et cecidit flos, quia Spiritus Domini insufflavit in eo. Da voces,* Isaías; di *que toda carne es heno* y todo lo más honrado de la carne *es como flor de heno. Secóse el heno y cayóse la flor, porque el Espíritu de Dios sopló en él.* A voces se lo manda decir; porque estará aquí algún mozo o moza, que pensará ser gran cosa ser gentil hombre o gentil mujer, ser honrados y acatados, y tener fresca edad. Diles que se engañan, que todo eso es como florecica de heno, que en viniendo un airecito la derriba. Viene el airecito delicado del Señor, y da con todo en el suelo.

¿Habrá quien entienda esto: *toda carne es heno?* ¿Qué quiere decir carne? Dice Agustino (3), que «por carne se entiende todo el hombre, tomando la parte por el todo». No quiere decir aquí esta parte exterior, sino todo el hombre. *Da voces*; que quizá habrá algunos que, aunque no pongan su gloria en vestidos, ni en galas, ni en deleites de carne, quizá estarán más engañados que los que claramente van a su perdición. Predicad, que *todo hombre,* en la parte sensitiva y en la parte intelectiva, *es heno, y toda la gloria de él es como flor del heno.* ¿Cuál es la gloria y honra de la carne? Tomad un filósofo, que leer sus obras parece una cosa venida del cielo; hallaréis un entendimiento tan claro y tan vivo, una voluntad tan aborrecedora de vicios y amadora de las virtudes. Esa es su honra y *gloria*; eso es lo mejor que tiene el hombre; mejor es que riquezas, y mejor que honra. Pues diles *que esa gloria es como la flor del heno.*

¡Oh cuántos habrá que os parecerá tener buena cuenta delante de Dios, y cuando seáis llamados a su juicio no podréis estar en pie, *porque el soplo del Señor soplará!* Aquel juicio tan estrecho, aquel escudriñar a Jerusalén con candelas, aquel examinar no solamente los pecados, mas también las buenas obras,

(3) De *Civit. Dei,* lib. 12.

la limosna que disteis, el Padrenuestro y Avemaría que rezasteis, la Misa que dijisteis y oísteis, la intención de las buenas obras que hicisteis, que os parecía a vos que teníades en ellas algún refugio para la hora de la muerte. Diles *que toda carne es heno*. Día vendrá, cuando el Espíritu del Señor *sople* en esas cosas, y no podrán estar en pie. ¿Por qué no podrán estar en pie? ¿Quién te defenderá del juicio de Dios? ¿Piensas tú que te podrás defender? No te defenderá de Dios, sino el mismo Dios. *El soplo de Dios derriba la flor*. Quiere decir que si diste limosna, si perdonas la injuria, si dices y oyes Misa, no te aprovecha nada, si de ti solo sale.

—No lo entiendo.

—Pues oigan los sacerdotes y teman. Dicen los hijos de Aarón: Incensemos a Dios, que está airado, para que se amanse (*Lev.*, 10). Bien hacéis. Toman los incensarios, y ponen fuego *de por ahí*, y no del que Dios había mandado; comienzan a incensar, y no solamente no fué acepto, mas presencialmente los mató allí Dios, y los sacaron muertos con sus sobrepellices, por causa del fuego que pusieron. Habíales Dios mandado que no sacrificasen con el fuego de las casas, sino con el que Él enviase: hácenlo al revés, y reciben la pena de su delito. ¡Ay del sacerdote que sube al altar, si no lleva en su corazón el fuego de Dios! ¡Ay de aquel sacerdote que dice Misa o va a entierros con fuego de la tierra, con fuego de codicia o de voluntad, y no con fuego de amor de Dios! ¡Ay de él cuando le dirán!: «Daca, el bien que hiciste, ¿de qué corazón salió? ¿salió de corazón tuyo, o de corazón mío?» Todo lo que hallare no haber procedido de fuego de amor de Dios nuestro Señor (no vengo a disputar aquí si las obras indiferentes, o las obras moralmente buenas que no proceden de caridad como de raíz, sean meritorias) basta que todo lo que hallare hecho sin haber estado presente el Espíritu del Señor, no lo recibirá. Aunque sea hacer milagros, aunque sea derramar sangre, si no está presente el Espíritu de Jesucristo, todo es perdido. ¡Oh Virgen María, qué de gente ha de haber engañada para aquel día! *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo.*

5.—*Los que rechazan la palabra de Dios.*

¿Qué sentís cuando oís esto? Tened punto. Este lugar es de Dios; desde aquí son juzgados vuestros corazones. Una representación es este juicio de lo que ha de obrar Dios en aquel día del final juicio. Dice Dios: *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo.*

—Esperad, ¿no dijisteis que lo decía San Pablo?

—No es más verdad lo que predicó Dios encarnado, que lo que escribió Pablo y está aprobado por escritura canónica.

—¿No va diferencia de Dios a Pablo? ¡Y cuánta!

—Si Pablo hablara como Pablo, bien fuera. Mas Pablo pone la lengua y garganta; él pone la voz, mas la palabra, de Jesucristo es. Agustino: «Cuando uno va a sembrar, lleva una espuerta, que quizá va llena de barro, y el trigo que va en ella es muy lindo. No es el trigo de la espuerta, porque va en ella.» San Pablo, Isaías, Jeremías, ¿sabéis qué son? Espuertas de la semilla, y palabra de Dios. No tengáis en poco la semilla, si la espuerta es vil. El Concilio Tridentino (4) aprobó por canónicos todos los libros de la Biblia, excepto el tercero y cuarto de Esdras. Tan verdad es lo que Pablo dice en sus Epístolas como lo que Cristo dice en su Evangelio, pues todo lo dice un mismo Espíritu.

¿Qué sientes del día del juicio? Unos se gozarán y otros gemirán. ¿Qué sentís de esta palabra: *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo?* Habrá unos que oyéndola bendecirán a Dios, porque por su misericordia confían que tienen Espíritu de Cristo; otros habrá que oyéndola, les dé mal de corazón. Especialmente algunos que oyendo decir Espíritu hacen cuenta que oyen nombrar al demonio, como los gentiles que no podían oír decir que había un Dios. Los judíos bien confiesan un Dios; mas cuando oyeron decir que este Dios tiene Hijo, el cual es igual al Padre, luego les tomó el demonio, y dijeron (*Mt.*, 26): *Este hombre blasfemado ha, que se ha hecho Hijo de Dios.* Algunos cristianos confiesan un Dios, y que tiene Hijo igual a su Padre; mas en nombrándoles el Espíritu les da mal de corazón. ¿Cómo hemos de hablar

---

(4) Sess. 4, c. I.

sino como Dios y la Escritura habla? Espíritu se dice en la Escritura. ¡Gente tan enemiga del Espíritu, que aun no lo quieren oír nombrar! ¿De dónde nace eso? De estar el corazón maleado. ¿Qué hacéis cuando oís una palabra que os da pena y os dicen: «Dios lo dijo»? ¿Qué dijo Acab? «Miqueas nunca me profetiza cosa que me agrade.» Yo soy pregonero, soy mensajero, soy el notario, ¿qué culpa tengo yo? Dios os lo envía a decir.

La palabra dicha en el púlpito, que no revuelve al malo los humores, no se dice como palabra de Dios, ni se recibe como palabra de Dios. *Domine, Deus meus es tu, exaltabo te, et confitebor nomini tuo: quoniam fecisti mirabilia, cogitationes antiquas fideles. Amen.* (*Is.*, 25). «Señor, Dios mío eres tú, ensalzarte he.» Ensalzar la palabra de Dios es ensalzar al mismo Dios. *Yo alabaré tu nombre, porque hiciste cosas maravillosas, y los pensamientos antiguos, lo que pensaste eternalmente, pusiste por obra.* —Ea ya, decid ¿qué es? *Quia posuisti civitatem in tumulum, urbem fortem in ruinam, domum alienorum, ut non sit civitas, et in sempiternum non aedificetur: super hoc laudabit te populus fortis; civitas gentium robustarum timebit te.* «Yo te alabaré, Dios mío, porque has puesto la ciudad en montón de piedras, has alborotado aquella ciudad de malos que vivía en el corazón, que estaba reposado y arrellanado en sus pecados, la has revuelto.» No hay ruibarbo que así revuelva el estómago, como la palabra de Dios revuelve el corazón. Nadie espere ser consolado de Dios, si primero no es entristecido. Si quieres ser consolado, dolores y temores has de tener, alborotado has de estar, so pena de no ser palabra de Dios la que oíste, o de no obrar en ti como palabra de Dios, si estás en pecado. ¡Triste de mí, que me dicen (*Efes.*, 5) *que ni el fornicador, ni el avariento, ni el maldiciente han de entrar en el cielo!*

—Andad—dice el otro—, que no será tanto como dicen; que Dios es misericordioso.

Andáis buscando achaques con que, aunque no matéis la palabra de Dios, a lo menos la herís y debilitáis, como los otros labradores de la viña, que a unos mataron y a otros hirieron de los criados del señor. Aquel mata la palabra de Dios, que dice: «Quitad allá, que no quiero cuenta con eso.» Aquel la debilita, que dice: «A la vejez seré bueno.» Anda buscando achaques para no ir desconsolado del sermón. Porque no

nieguen la palabra de Dios—porque es palabra de Dios no la osan negar—, por eso le buscan achaques; porque salen del sermón desconsolados, y a cabo de poco se tornan a consolar y olvidar de lo que oyeron. *Hoc est judicium* (dice la glosa: Esta es la causa de su condenación); *quia lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem* (*Jn.*, 3). ¿Por qué lo hacen así? *Vino la luz al mundo,* ¡sea Dios bendito por ello! ¿Quién es la lumbre? Jesucristo; la palabra de Dios es la lumbre con que habéis de mirar vuestra ánima si está buena o mala; *y amaron los hombres más las tinieblas que la lumbre.* Dios os guarde de hombre que lo vais a llamar cuando está durmiendo porque le hace mal el dormir; y le ponéis un hacha delante sus ojos, y la apaga por dormir más a su placer.

¿Por qué aborreces la palabra de Dios? Porque te hace mal sabor al sueño que quieres dormir. Dicen os (*Mt.*, 6): *Si no perdonáredes a vuestros prójimos, ni Dios os perdonará a vosotros.* ¿Qué ha de sentir el enemistado? Dicen os (*Mt.*, 18): *Si no os tornáredes como niños, no entraréis en el reino de Dios.* ¿Qué ha de sentir el fantástico? ¿Qué sentirá el que tiene lo ajeno cuando oyere decir: «Si alguno tiene lo ajeno, el diablo lo tiene a él»? (5). ¿Qué ha de hacer? ¡Apagar la lumbre para dormir a su placer! Recuérdate, que te mata el dormir; cata que te vas a más andar al infierno. ¿Hácesete de mal dejar el pecado, y por no decir: «No es verdad la palabra de Dios», quieres apagarla y no acordarte de ella? *Amaron los hombres más las tinieblas* (que son los pecados) *que la luz.*

No así. ¿Cómo habéis de hacer cuando os desconsuela la palabra de Dios? No la olvidéis. Cuando tenéis el emplasto puesto en la llaga, no lo quitéis de la llaga, y daros ha sano. Díceos Dios una palabra que os lastima, ponedla sobre la llaga. «¡Oh que me entristece!» Entristezca, hágaos llorar, obre. «¡Oh que me da pena!» Hermano, con eso sanaréis, y veréis cuán gran consuelo os da después. Al punto que os da pena el oír: *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo,* pensad bien en ello, deteneos; ¿qué es lo que sentís? ¡Oh qué desmayados estáis aquí!

---

(5) San Agustín.

6.—*Señales de tener el Espíritu de Cristo.*

Quien no vive por el espíritu ajeno, éste no es de Cristo. No has de vivir, hermano, por tu seso, ni por tu voluntad, ni por tu juicio; por Espíritu de Cristo has de vivir, Espíritu de Cristo has de tener. ¿Qué quiere decir *Espíritu de Cristo?* Corazón de Cristo. El que no tuviere corazón de Cristo, este tal no es de Cristo. A la esposa dice Jesucristo (*Cant.*, 8): *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum; quia fortis est, ut mors, dilectio*, etc. ¡Iglesia! ¡Cristianos! herrados habéis de estar con mi hierro; sellados habéis de estar con mi sello. Yo mismo tengo de ser el sello; ablandad vuestros corazones como cera, y señaladme con él, y ponedme como señal sobre vuestro brazo.

—¿Qué queréis decir?

—Quiere decir, que los predestinados han de ser semejables a Jesucristo, como dice San Pablo (*Efes.*, 5).

—¿En qué han de ser semejables?

—*Ambulate in dilectione sicut et Christus dilexist nos.* «Dadme, Señor, vuestro corazón, y luego amaré lo que Vos amáis, aborreceré lo que Vos aborrecéis. *El que no tiene corazón de Cristo, no es de Cristo.*

—Cosa recia es.

—No es, por cierto.

¡Oh qué de sermones habéis oído, y no acabáis de entender lo que os predico y lo que os cumple!

—Desconsolados estamos, Padre.

—Así lo quiero yo, hermano, y así lo quiere Dios.

—¿Qué remedio para esto? ¿Cómo tendré consuelo? ¿Qué sé yo si estoy en gracia? ¿Qué sé yo si tengo el Espíritu de Cristo?

—¡Buenos estamos, por cierto! ¿Qué sabéis vos? Hablo con frailes, clérigos, personas recogidas y desocupadas. Si me decís de saberlo por ciencia evidente, si me habláis de artículo de fe, bien decís que no sabéis si estáis en gracia. Mas hablamos de un conocimiento por conjeturas y por señales; de un descanso y sosiego de corazón entrañable. Malaventurado de aquel—no quiero decir condenado, sino penado de aquel—que no tiene este consuelo, aquella confianza, aquel decir: «Salvarme tengo.» No hay cosa más desconsolada que el que no tiene este consuelo.

Que los mercaderes, que los negociadores, que los casados y los que están ocupados en negocios temporales, no tengan esta consolación del Espíritu Santo, no es de maravillar; mas ¡quien contrata con Dios, quien habla con Dios y Dios con él—que cuando leemos habla Dios con nosotros, y cuando oramos hablamos nosotros con Dios—; quien tiene familiaridad con Dios y vive desconsolado, grandísimo es su desconsuelo y grande es su desdicha! ¡Que subamos al altar, y metamos un terrón de azúcar en la boca, y no sintamos dulzura; que metamos un gran fuego en nuestro seno, y no sintamos calor! ¡Gran pena, gran desconsuelo! Téngase por desdichado el que de esta manera se sintiere. Si preguntásedes a una esposa: «Decid, señora, ¿qué condición tiene vuestro esposo, es dulce o es áspero?» Y os dijese: «No sé, por cierto.» ¿Quién lo sabrá? Si preguntáis a un sacerdote que trata con Dios qué condición tiene Dios y dice que no sabe, ¿a quién lo preguntaréis? *Ipse Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei* (*Rom.*, 8). El mismo Espíritu Santo, con su consuelo, con su calor, nos da testimonio y dice que somos hijos de Dios. Veis aquí cómo se conoce por conjeturas estar uno bien con Dios. ¿Estáis desconsolado? Guardadme ese desconsuelo para su tiempo: *Cuando venga el Consolador*—dice Cristo (*Jn.*, 14)—, *Él dará testimonio de Mí.* ¿Estás desconsolado? También estaban los Apóstoles desconsolados: ellos porque se les iba Jesucristo, y tú también porque se te ha ido Jesucristo por el pecado que hiciste. ¿Por qué estás triste? «Porque ofendí a Dios; porque le he sido ingrato y le he dado de bofetadas.» Está triste en hora buena; espérate un poco, que de aquí a ocho días vendrá un Consolador que te consuele. Quisiera haberos demandado albricias antes que os lo dijera.

Vais al confesor o al predicador: «Padre, consoladme.»

¿Queréis que os deje un Consolador que os consuele en vuestra casa y en vuestra cama, y que no tengáis necesidad de ir a buscar quien os consuele? El Espíritu Santo es. Mucho quiere a las viudas, mucho ama a los huérfanos, mucho a los tristes. ¿Queréis recibirlo?

7.—*Cristo os quiere dar su Espíritu.*

¿Estáis triste por habérseos ido Jesucristo? De parte de Jesucristo os prometo que Él venga en vuestros corazones y en vuestras entrañas; muy sin cuidado me iré esta noche a dormir, que no me toméis en mentira.

—Padre, ¿cómo consolará una tan gran llaga?

—En eso veréis que es Dios. Si el Espíritu Santo no fuera mayor que la Humanidad de Jesucristo, no pudiera consolar la tristeza que tenían por su ida, no pudiera henchir el vacío que dejó con su ausencia. Mira el desconsuelo que tenían los Apóstoles por la ausencia de la Humanidad de Cristo, que mayor es el consuelo que recibieron con el Espíritu Santo. No hay tristeza que el Espíritu Santo no consuele, por muy grave que sea.

Hermanos, este Consolador vendrá; algún aparejo es menester que hagáis para recibirlo. Quien no tiene espíritu de Dios, ¿qué hará para tenerlo? Ese es el negocio en que hemos de entender esta semana; desocupaos de negocios temporales para recibir en vuestros corazones el Espíritu de Jesucristo, porque el Espíritu Santo procede de Él en cuanto Dios, y porque mora en Él en cuanto hombre.

—Padre, ¿querrámelo dar?

—No es bien que yo os lo diga, dígaoslo quien os lo ha de dar. Estaba Jesucristo en Jerusalén una Pascua de los Tabernáculos—que caía en septiembre—, y predicaba en el templo. Y estando predicando, dale un grandísimo fervor, y comienza a encenderse y a entonarse y alzar la voz, con aquel fervor que tenía de salvar las ánimas. ¡Quién te oyera dar voces, Rey mío! Y bien te llamas *voz y clamor del Padre* (6), porque no pudo más alto hablar de lo que entonces habló cuando te engendró. ¡Quién le oyera dar voces, y le viera aquel rostro encendido! Decid, Señor, que aunque ha tanto tiempo que predicasteis, bien os oiremos; que para los de entonces y para todos los que después viniesen las dijisteis (*Jn.*, 7): *Si quis sitit, veniat ad me, et bibat.* En el templo estaba, y en Pascua; y el postrero día de Pascua, que era más solemne que todos, decía, no como quiera, sino a grandes

---

(6) *Voz:* palabra, verbo.

voces: *Si alguno ha sed, venga a Mí y beba. El que cree en Mí, ríos de agua viva correrán de su estómago.*

Dároslo ha allá dentro el que tuvo por bien de predicarlo acá fuera. Hermanos, ¿por qué os morís de hambre y sed? (*Isa.*, 65): *Quare appenditis argentum non in panibus, et laborem vestrum non in saturitate?* ¿Por que traéis corazones semejantes a infierno que nunca se harta? ¿Qué angustias tenéis? Venid a Él, y Él os las remediará; si tenéis sed, Él os hartará (*Jer.*, 17): *Perdix fovit, quae non peperit.* Pone la perdiz sus huevos, pasa por el nido otra perdiz, y échase sobre los huevos ajenos; viene la que los puso, y no la deja llegar la otra; finalmente saca los perdigoncillos, y cuando pasa la madre verdadera, puso Dios tal instinto a los perdigoncillos, que dejan la madre falsa, y vanse con la verdadera. ¡Oh más que animal robador de lo ajeno, oh demonio! ¿por qué tienes empollando los huevos que puso Jesucristo? ¡Oh lujuria, oh malquerencia! ¿por qué has de tener usurpada un ánima que crió y redimió Jesucristo, que es la madre verdadera? Hijos sois de Dios, el cielo para vosotros es. Ea, pues, cristianos, redimidos por Jesucristo, oíd la voz de vuestra Madre verdadera: oíd la voz de Jesucristo, que os parió en la cruz con grandes dolores; conoce la voz de tu Madre que está llamando: *Si alguno ha sed, venga a Mí y beba.* Veníos a Mí, daros he contentamiento y hartura. Si el hombre tuviere seso dirá: «Este es mi Redentor, éste es el que dió su sangre por mí, quiero irme a Él.» Darte ha a beber su espíritu; quedarás tan harto y contento, que *saldrán de tu estómago fuentes de agua viva.* No solamente tendrás agua y contento para ti, mas también para los otros. Deseoso está Él de darnos su Espíritu, deshaciéndose está por dártelo, no tengas duda de eso, no quedará por su parte.

8.—*Preparación.*

¿Pues qué haré yo esta semana para estar aparejado para recibirlo? Haz lo que hicieron los santos Apóstoles. ¿Qué queréis? ¿Espíritu Santo? Sabed que no es amigo de carne. Dicen los Santos Doctores que una de las principales causas por que se fué Jesucristo nuestro Señor, fué por el grande amor que le tenían a su sagrada Humanidad. «Váyase Él—dice el Espíritu Santo—, y luego vendré yo.»

—Celoso sois, Espíritu Santo; ¿y de quién? ¿de la carne limpísima que fué concebida por Vos mismo?

Desengáñense los amancebados, desengáñense los carnales, que a ningún carnal vendrá el Espíritu Santo. La paloma que salió del arca de Noé tomó un ramito verde de oliva, y no quiso poner sus pies sobre un cuerpo muerto; limpia se volvió al arca. El cuervo, a comer carne muerta; la paloma no come carne muerta. La paloma figura es del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo no toca a carne muerta; limpia nuestros corazones de deseos carnales. Ayunad esta semana los que tuviéredes fuerzas para ello; que ya que quiera carne, ha de ser carne manida, carne enflaquecida con ayunos y penitencias.

¿Qué más? En albricias y en merced os lo demando, que barráis vuestra casa con confesión muy devotamente, que ha de venir vuestro Huésped, y no es razón que halle la casa sucia.

¿Qué más? La comida; mirad que trae gente consigo, y habéis de dar de comer a sus criados; mirad los pobres que tenéis en vuestro barrio, y dadles esta Pascua de comer. Pues Dios se da a Sí mismo, dadle vos siquiera un poco de limosna. Mirad que el primer fruto del Espíritu Santo es la caridad; dad de comer al que tuviere hambre; dad la saya a quien estuviere desnuda; dad la camisa a quien tuviere necesidad de ella; sacad de las cárceles a los encarcelados.

—No tengo de qué hacer limosna.

—Perdonad las injurias, rogad a Dios por los que os persiguen, llorad con el que llora, los males ajenos tenedlos por vuestros, que esta es verdadera misericordia.

¿Hay más? No más, sino que la casa barrida y ataviada, es menester que le roguéis que venga, no como algunos mal criados, que no teniendo la casa aderezada ni puesta la mesa, dicen: «Sí, venid a mi casa.» Aparejad primero la casa, y luego rogadle que venga: «Señor, por la sangre que derramasteis, nos enviad al Espíritu Santo que nos prometisteis.» Rezad siete veces el Avemaría y el Paternoster a los siete dones del Espíritu Santo. Díjeos poquito; esforzaos vosotros a hacer más. A lo menos de aquí a Pascua rezad esto cada día; rezad con la boca y con el espíritu; importunadle que venga, y os dará en este mundo su gracia, y os enriquecerá con sus dones divinos.

TRATADO 3.º

LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant.

Yo vine para que tengan vida y más abundancia.

(*Jn.*, 10.)

1.—*La sunamita y nuestra Señora.*

Los negocios en que va la vida suelen ser muy estimados, y tratados con gran cuidado y diligencia. Solemos decir: «¡Oh Señor, que me va la vida en ello!» Todo cesa cuando decimos: «Vame la vida en esto.» En el tiempo pasado leemos, que por oraciones y ruegos del Profeta Eliseo dió Dios nuestro Señor un hijo a una buena mujer, y en saliendo el muchacho al campo murió; dióle un gran dolor de cabeza, y vínose a su casa, y murió en los brazos de su madre. Púsolo así muerto encima de la cama del Profeta Eliseo; y la buena mujer, viuda y lastimada, salió al monte Carmelo a buscar al Profeta Eliseo, y con amargura y angustia de corazón se echó a sus pies y díjole (4 *Reg.*, 4): Siervo de Dios. *Nunquid petivi filium a Domino meo? Nunquid non dixi tibi,* etc.? Muy mayor es la pena que he recibido con su muerte, que la alegría y gozo que recibí cuando me lo dieron.» Entonces mandó el Profeta a su criado que tomase su báculo y fuese donde estaba el niño muerto y le tocase con él. No se contentó la buena mujer con esto; échase otra vez a sus pies y dijo: *Vive Dios, siervo suyo, que no iré de aquí si primero no vas conmigo.* Pudo tanto el ruego importuno de esta mujer con el Profeta, que se va con ella; y llegan a su casa, y entra a la cama donde estaba el niño muerto, sube